

Después de la Olimpiada XLVIII tuvieron también la superintendencia de los juegos Pitios.

Además correspondía á los Anfictiones cierta inspección sobre el derecho de gentes, que debían observar los pueblos de la Liga, y que constaba en ciertas leyes anfictiónicas (1): por tanto tenían una especie de jurisdicción cuando se les sometía alguna controversia entre pueblos ó algún caso de violación del derecho público; y si era necesario, decretaban la pena contra los reyes, á quienes hacían la guerra para ejecutarla (2).

Pero siendo las ciudades entre sí tan desiguales en fuerza; teniendo algunas gran riqueza y poder, al paso que otras eran débiles y con trabajo podían defenderse dentro de sus estrechos límites; y estando sometidas á una dominación extraña (3), no es maravilla que los más poderosos se burláran de los fallos anfictiónicos, y que no los observáran sino aquellos á quienes fácilmente se podía compeler á ello con la fuerza. Ni entre las cuestiones de las ciudades mayores aparece que interpusiesen los Anfictiones su autoridad, y otras ponían sus controversias en manos de otros árbitros.

Muchas fueron las causas de tan escasa autoridad, pero la principal era el método observado en la composición de la asamblea misma y en la emisión de los votos; porque teniendo la ciudad más pequeña, aun cuando fuese sierva, tanto derecho como las más grandes y poderosas, cada una de las cuales casi valía más que todas las otras juntas, no se la podía hacer fácilmente que aceptase los decretos de estas. En efecto, todo pueblo daba dos votos, y siendo muchas las ciudades de un solo pueblo, en todo tiempo asistían á la Dieta diputados de dos de estas, como entre los Dorios, los de Cítino y Esparta; entre los Jonios, los de Atenas y Eretria ó de Priene; y es cosa averiguada que el derecho de enviar representantes se compartía con cierto orden entre las ciudades del mismo pueblo.

Dos reuniones había todos los años, una en la primavera y otra en el otoño, y parece que entrambas se verificaban siempre en las Termópilas y en Delfos. Los diputados se llamaban *hieromnémonos*, y luego se les agregaron los *pilágoros*, concurriendo de aquellos uno por ciudad, y de estos muchos. Unos y otros asistían á las asambleas y tomaban parte en los consejos, pero el voto á nombre de las ciudades no se daba sino por los hieromnémonos, uno de los cuales hacía las veces de presidente. También hallamos mencionadas las *eclesias*, ó reuniones de toda la multitud que de las ciudades anfictiónicas acudía á Delfos. Los hieromnémonos las convocaban para deliberar ó consultar, ó bien para notificarles los decretos del congreso, y que se obligasen inmediatamente á ejecutarlos cuando el caso lo exigía. Sabemos además positivamente que concurría mucha gente á Delfos en la época de la celebración de la Dieta.

Subsistió el consejo de los Anfictiones aun después de haber acabado los Romanos con la libertad griega (4).

plo mismo: contra los Aensesisios por hallarse en el mismo caso que los de Crissa, y finalmente contra los Etolios. De todas estas guerras hablamos en su lugar.

(1) *Νομοὶ ἀμφικτυονικοί*. DIONIS A. ROM. VI, 25. POLIB. IV, 25. Una de estas consta por el juramento tomado de Esquines (*De f. leg.*): μὴδέμιν πόλιν τῶν ἀμφικτυονιδῶν ἀναστατον ποιῆσαι μηδ' ὕδατων ναματιαίων εἶρξαι, μηδ' ἐν πολέμῳ μηδ' ἐν εἰρήνῃ, εἰν δε τις ταῦτα παραβῆ στρατεύσειν, καὶ τὰς πόλεις ἀναστήσειν.

(2) *Δίκαι ἀμφικτυονικά οἱσι πόλεσι πρὸς πόλεις εἰσιν*. STRAB. IX, 3. Por eso se llama á los Anfictiones *Οἱ ἐκ πόλεων πόλεων ἀρετοὶ δικάσται* (TIMEO lex. Plat.). Alguna vez también decretaban premios para los beneméritos. V. TITMANN p. 126.

(3) Como los Jonios á los Atenienses; los Magnesios, los Perreos y los Aqueos Ftotas á los Tesalios.

(4) Alguna vez al principio, los Etolios, apoderados de Delfos, se arrogaron el derecho de formar por sí solos la

porque si bien L. Mumio suprimió esta y las demás reuniones de los Griegos fueron no obstante, poco á poco restableciéndose; y sabemos que Augusto organizó de diferentes modos las asambleas, y dispuso que reuniesen en todo treinta diputados enviados parte por las ciudades y parte por los pueblos, de los cuales unos nombraban uno solo, y otros dos (1).

No se debe diferenciar de los Anfictiones el oráculo de Delfos, tanto porque tenía íntima conexión con sus asambleas, y era grandemente venerado de todos los Griegos (2), como por su mucha autoridad para establecer los derechos y las leyes de las ciudades, y moderar con sus consejos el ardor de los que se proponían acometer arriesgadas empresas. En efecto, aunque hubo muchos oráculos en toda la Grecia, y algunos también muy venerados, entre todos sobresalía extraordinariamente el délfico por su gloria y reputación. Su origen se pierde en la fabulosa antigüedad (3), y parece cierto que antes que los Helenos emigráran de la Tesalia, hubo en el Parnaso un oráculo celebrado por la religión de los naturales, y después consagrado á Apolo por los Helenos, y principalmente por los Dorios (4). Instituido después el consejo de los Anfictiones, y adoptado por todos el culto del Apolo Délfico ó Pitio, tanto más crecieron necesariamente la fama y la veneración del oráculo, cuanto más se difundieron los pueblos anfictiónicos por lejanas colonias.

Y así como se dice que la emigración de los Dorios al Peloponeso no se hizo sino por consejo del oráculo Délfico, del mismo modo no se expidieron en lo sucesivo colonias ni de dicho país ni de otros sin consultar á Apolo, y aun muchas de ellas fueron sugeridas por el oráculo. Su autoridad era venerada especialmente por los Dorios y sobre todo por los Espartanos, porque aprobó la división del reino entre dos Heráclidas, y todo el código de las leyes de Licurgo. Los Espartanos no emprendían guerra, ni hacían innovación, ni tomaban determinación alguna importante sin obtener de antemano la aprobación del oráculo. ¿Qué más? por consejo del oráculo se derogó ó confirmó alguna vez la autoridad de los mismos reyes; así es que hubo Pitios, elegidos por ellos mismos para consultar siempre que era necesario á Apolo, referir y custodiar sus respuestas.

Aunque no tenemos tan precisas noticias de las otras ciudades dóricas, no se puede dudar sin embargo de la grande autoridad que ejercía entre ellas el oráculo. Algo menor fué su influencia entre los Jonios, no sabiéndose de cierto si los exégetas de los Atenienses fueron *ποιορητοὶ*; y semejantes á los Pitios de los Espartanos. Las mismas leyes de Solon tampoco se publicaron sin la sanción del dios de Delfos; Platon asegura que de Delfos procedían los ritos de que

Anfictionia. V. PLUT. in Dem. c. 40. POLIB. IV, 25. JUSTIN. XXIV, 1.

(1) PAUSANIAS X., 8, 3. Dos votos asignaron á los Macedonios, Tesalios, Beocios, Focenses, Locrenses, y á las ciudades de Néopolis y Delfos, uno á Atenas y á los pueblos dorios de la Dóride, y á los Eubeos. De los demás no habla Pausánias.

(2) Frecuentemente también enviaban los Bárbaros á consultarlo, principalmente los Etruscos de Agilla, cuyo tesoro se conservaba en Delfos.

(3) Véase WACHSMUTH II. — C. F. WILSTER, *De religione et oraculo Apollinis delphi*, Copenague 1827; L. ZANDER in *Ersch*; y GRUBER, *Enciclop. art. et litt.* sec. I, t. 23, fueron los primeros que compilaron las fábulas antiguas.

(4) MÜLLER, *Doric*. I, piensa que eran Dorios los principales de Delfos, entre los cuales se elegían cinco sacerdotes (οἶστοί); HÜLLMANN por el contrario los cree Tracios. Delfos era libre é independiente; y estuvo gobernada primero por reyes, y después por nobles, entre los cuales se elegían los sacerdotes y los magistrados *πρωταεῖς*, y los *ἀργοντεῖς* senadores. La plebe campesina era casi toda de hierodulos. Los Délficos tenían la posesión del templo bajo la tutela de los Anfictiones; pero muchas veces les fué disputada por los Focenses, de lo que se originó la segunda guerra sagrada. Sin embargo, en la liga anfictiónica no se distinguieron los Délficos de los Focenses hasta el tiempo de Augusto.

(O) pág. 334.

TEOGONÍA DE HESÍODO.

Mucho ántes de Homero y de Hesíodo hubo cantores en la Grecia, y además de estos florecieron otros en la falda del Helicón, en la Trácia mitológica. Entre estos últimos ocupa el primer lugar Hesíodo, del mismo modo que Homero entre los poetas jonios, Heine, Wolf, F. Thiersch y otros, siguiendo al holandés Ruhnken, no vieron en su *Teogonía* más que una compilación indigesta, llena de interpolaciones, y recomendada de fragmentos más antiguos. Al contrario Guignault, en la traducción, ó más bien refundición de la *Simbólica* de Creuzer, cree hallar en ella unidad y concierto. Véase la exposición que hace de esta *Teogonía*.

— Cuando apareció Hesíodo, los símbolos y las leyendas populares de los dioses de Grecia principiaban á ser insuficientes para satisfacer la naciente curiosidad de los ánimos, ávidos de penetrar el arcano del mundo y el origen de las cosas, pero envueltos aun en la forma mítica, y llenos de fe en sus propias creaciones. Estos símbolos y estas leyendas se habían multiplicado de tal suerte, ya en los cultos locales, ya en los cantos de una larga sucesión de poetas, que se había hecho sentir la necesidad de aproximarlos, unirlos, crear entre ellos relaciones, una filiación seguida, y organizar la ciudad de los dioses y su historia como un cuerpo de nación, á la manera que propendían á organizarse las tribus y las ciudades de los pueblos helenos, y á probar con las genealogías y con las instituciones pólitas el origen común.

Hesíodo comprendió la tarea de satisfacer á la vez esta nueva curiosidad y esta necesidad cada día más general de los ánimos, y lo hizo según el genio y las condiciones de su tiempo, como poeta que era, sin más arte que el canto, ni más ciencia que la memoria, pero confiando en la inspiración de las musas, que no faltaba á sus alumnos.

No hay, pues, que buscar en su obra aquella regularidad de conjunto, aquel estricto encadenamiento de pormenores, aquel rigor lógico, en suma, de dibujo y de ejecución que es propio de otros tiempos. Menos todavía debe buscarse en el autor la conciencia clara y completa de la íntima naturaleza del asunto que trata, del sentido de los mitos de que usa, y de los que inventa; la claridad, la madurez de reflexión que distingue el fondo de la forma, la idea del hecho, y que premeditadamente crea fábulas y alegorías. La forma simbólica y mítica que presenta las ideas como personas, las invenciones como hechos, y que construye con ellas, bajo la forma de historias verosímiles, sistemas verdaderos, era todavía en tiempo de Hesíodo la forma misma del espíritu griego: ¿qué extraño es que él la conservase y creyera en ella?

Habiendo acometido la empresa de dar á los Helenos un cuerpo de teología nacional en la época en que se constituían en nación, no hizo un tratado más ó menos dogmático, sino un poema narrativo, una epopeya. Ni podía darse entonces más poesía que la epopeya. Es cierto que ántes que él habían intentado los poetas varios ensayos teogónicos en las diferentes regiones de la Grecia; pero tales ensayos habían sido parciales é incompletos. Hesíodo, que residía en el antiguo foco de la poesía religiosa, que era el heredero de los sagrados cantores del Olimpo y del Helicón, trabajó para toda la Grecia; compiló aquellos anteriores bosquejos; los ordenó como pudo; los transformó sin alterar su fondo, y los desarrolló en un lienzo, tan vasto como sencillo, que puede considerarse obra suya, y pensamiento suyo personal. Como sus antecesores, después de los primeros tiempos y de las primeras tentativas de teogonías parciales creadas por religiones locales, creyó implícitamente en estas his-

se servían los Atenienses para expiar y castigar los asesinatos; y como dicho rito se observaba igualmente por los demás Griegos y provenía sin duda del mismo origen, resulta que el oráculo tuvo no pequeño mérito en la represión de las venganzas particulares, y en la conservación de la paz interior.

En general, mientras la primitiva piedad de los hombres consideró á los dioses como autores y moderadores de todas las cosas, prosperó muchísimo la autoridad del oráculo de Delfos, sirviendo en gran manera para dirigir al bien las costumbres públicas y privadas, y consolidar con leyes é instituciones el estado de la ciudad; y en verdad que no poco contribuyó á que se emprendiese con unidad de fuerzas, con valor y confianza la guerra persa. Sin embargo, no sirvió de mucho para refrenar las discordias intestinas; y aun cuando no faltan ejemplos de controversias entre las ciudades apaciguadas por una respuesta del oráculo, esto sucedía raras veces, y más frecuentemente se nos presentan los ejemplos contrarios, demostrando que el oráculo no impidió semejantes guerras.

Después, y principalmente cuando terminada la guerra del Peloponeso se dividía toda la Grecia en dos facciones enemigas, no solo no sirvió el oráculo para reconciliarlas, sino que favoreció abiertamente á los Espartanos (1); por lo cual no es de extrañar que decayese su crédito entre los enemigos de Esparta, tanto más cuanto que la antigua piedad y la veneración á los dioses cesó de tener fuerza en los ánimos no eximiéndose los mismos sacerdotes délficos de la corrupción general. Porque cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre la naturaleza y el origen de los oráculos, no puede ponerse en duda que los sacerdotes no adquirieron la autoridad con el fraude y la impostura, sino con la santidad, el saber y la piedad; no fingieron las respuestas con astucia, sino por cierto instinto, que indudablemente podrá llamarse error, pero que á ellos les parecía divino, como si verdaderamente fuese inspirado por el mismo dios (2). Cuando después, corrompidos por el favor, por la envidia ó el miedo, y aun por el dinero, principiaron á responder lo que agradaba á los demás ó se les antojaba, necesariamente debieron los oráculos de ser despreciados, y convertirse en objeto de burla, primero para los sabios, y últimamente hasta para el vulgo.

(Extracto de la obra de JORGE FEDERICO SCHOEMANN, titulada *Antiquitates Juris publici Græcorum*, Gripswald, 1838).

Respecto de los Anfictiones y de los oráculos han escrito entre los Italianos el consejero Mengotti, suponiendo su institución enteramente política: contestóle el consejero Torriceni, con el objeto de demostrar que era enteramente religiosa, y el doctor Ambrosoli concilió ambos pareceres.

Clavier, autor de la historia de los primeros tiempos de la Grecia, en una memoria leída á la Academia de Francia, y también en otras obras, niega que tuviesen parte en los oráculos los prestigios y las ficciones; ántes bien los considera como una poderosa institución política y religiosa, que consagraba las verdades, la legislación y los decretos públicos. Mientras floreció la Grecia tuvieron también ellos muy grande influencia; luego que perdió la importancia política decayeron, y esto sucedió precisamente cuando las sectas filosóficas les hicieron la guerra.

(1) El oráculo sin embargo intervino para que Atenas no fuese destruida. V. *ÆLIAN*. V. H. IV, 6: no sé por qué lo pone en duda Hüllmann.

(2) Sobre la ambigüedad de los oráculos véase la sensata opinión de JACOB I, p. 336, que concuerda en general con WILSTER, p. 55. HÜLLMANN toma esta ambigüedad por signo verdadero de fraude, y cree que los oráculos no eran más que las respuestas del congreso délfico.

torias divinas, que referia con arreglo á los escritos de aquellos, pero lleno de una fe mas elevada y mas libre, y con un principio de reflexion. Por eso comprendió la necesidad de motivar, explicar é interpretar, en fin, á su modo los mitos populares relativos á los dioses. Hizo mas: ordenándolos bajo un plan poético, penetró y dominó su naturaleza con inteligencia superior, con intuición profundamente simbólica, intuición exclusivamente suya, aun cuando los escasos gérmenes de tales mitos estuviesen ya depositados desde el origen en el seno de la religion de los Griegos.

La Grecia no creia ni podia creer en la eternidad de sus divinidades, como lo mostró altamente Esquilo, cuando por boca de Prometeo, é inspirado por la *Teogonia* de Hesiodo, predica á Júpiter un sucesor. Rodando por el mundo los dioses griegos, debian sufrir sus vicisitudes; necesariamente tenian una historia; habian principiado y debian concluir, ó á lo ménos ceder el imperio á otras deidades mas poderosas. Habian existido dioses anteriores, que por otros habian sido despojados. Así todo venia al fin á reducirse á ciertos principios primitivos, elementales, deificados tambien, ó sea á las fuerzas de la naturaleza (1), única eterna, única verdaderamente viva y divina.

De esta idea preexistente sin duda, y contemporánea de las primeras creaciones teogónicas, se apoderó Hesiodo para fecundarla, comprendiendo que la ley del mundo era el cambio, la sucesion, ó mas bien (pues que él era Griego y estaba animado por el genio occidental), el desarrollo y el progreso; y que tal desarrollo y tal progreso constituían la misma historia del mundo desde su origen en adelante, y por consiguiente, la de los poderes idénticos á él que lo gobiernan. Además, adivinó por revelacion secreta del espíritu que vive en el hombre como en la naturaleza, y cuyas leyes son en el fondo leyes naturales suyas, que la serie natural de las evoluciones cósmicas, representada por la serie tradicional de las revoluciones divinas, se habia verificado á manera de progresiva transición desde lo indeterminado á lo determinado, desde lo absoluto á lo relativo, y en suma, desde lo infinito á lo finito. Á esta grande idea filosófica, aun cuando oscuramente comprendida, debió la unidad íntima y generadora de su pensamiento; así como su creencia religiosa en las dinastías sucesivas le trazó las leyes del movimiento exterior.

La sucesion de las generaciones divinas, que simbólicamente representa las grandes faeces de la creacion del mundo en el espacio y en el tiempo, es el dato fundamental de la *Teogonia*, del propio modo que la guerra de los Titanes con los dioses del Olimpo es su accion principal y forma su núcleo. El desenlace, el fin del poema, su moralidad, por decirlo así, es la victoria de Júpiter sobre los Titanes, ó sea del principio del orden sobre los agentes del desorden, y la consiguiente organizacion del mundo en su estado actual. El asunto y sus diversas partes se indican claramente al principio en algunos versos del *Prometeo*, trozo seguramente antiguo, de bello carácter poético, hecho con toda evidencia para la *Teogonia*, y á ella anexo y conexo, por mas que se haya dicho. Después de haber consagrado las Musas á su poeta, preludian sus cantos celebrando ellas mismas ántes que á Júpiter á la veneranda raza de los dioses, primero la de aquellos engendrados por la tierra y el cielo (Titanes), y luego la raza de los que deben á estos su origen (Olimpicos); celebran en seguida á Júpiter el mejor y el mayor de los dioses del Olimpo, y por último, á la raza de los hombres y de los robustos gigantes. Algo más lejos se nos muestra Júpiter ven-

(1) Ya hemos dicho en una nota anterior que, segun Guignault, las mitologías representan las fuerzas de la naturaleza.

cedor de Cronos, su padre, dispensando á los demas inmortales grados y honores, y se termina el *Prometeo* con una invocacion á las Musas, que forma la inmediata introduccion del poema, y reproduce exactamente toda su distribucion:

« Salud, hijas de Júpiter: inspiradme cantos dignos » de agrandar; referid los sucesos de la sagrada é in- » mortal estirpe de los dioses que nacieron de la » Tierra, del estrellado Cielo, de la oscura Noche y » de aquellos á quienes la onda amarga nutrió en su » seno... Decid cómo de estos nacieron los dioses, » autores de todo bien; cómo se dividieron posesio- » nes y dignidades; cómo finalmente se establecieron » en las cumbres del Olimpo. Decidme todo esto, oh » Musas, moradoras del Olimpo, y haciéndolo desde » el origen, enseñadme cuál fué el primero de todos » los dioses. »

Aquí entra en materia. En el principio existió el Caos; después la Tierra del vasto seno, firme base de todos los seres, el tenebroso Tártaro en el fondo de sus abismos, y Amor, el mas hermoso de los dioses inmortales.

Segun Hesiodo, que ya aquí se funda en antiguas creencias, reduciéndolas no obstante á sistema á su manera, estas son las cuatro esencias primordiales del mundo, los cuatro agentes primitivos é increados de la creacion. El Caos evidentemente preexiste; es, como parece indicarlo su nombre y como lo habian conjeturado los antiguos, el vacío, el espacio indefinido, el lugar de todas las cosas; en sentido ménos abstracto, y por eso mas conforme á la intuición simbólica, es el confuso y tenebroso abismo, de cuyo seno salió el mundo organizado y visible, y que coexiste con el mundo. En el fondo del informe Caos se produjo la Tierra ó la superficie terrestre extensa y figurada, sólido fundamento del universo, en cuyo centro y seno mas profundo está colocado el Tártaro. Los antiguos pudieron prescindir de él como principio del mundo; pero es esencial en el plan cosmogónico de Hesiodo, como region tenebrosa é inferior, opuesta á la superior y luminosa; y bien dijo alguno que el Tártaro, en el sentido cosmogónico, es la inclinacion que la Tierra ó la naturaleza desenvuelta del Caos conserva á volver á él parcialmente. Eros ó el Amor, que ya entonces tenia gran parte en la mitología poética, es aquí el agente supremo de la creacion, el principio de movimiento y de union que aproximó á los seres, la causa eficaz de las generaciones divinas y humanas. Cuando del Caos, fuente eterna é indeterminada de las tinieblas, hubieron salido las tinieblas determinadas y accidentales, inferiores y superiores, el Erebo y la Noche, de la union de ambos, por primer efecto del Amor, nacieron el Éter y el Dia (*Emeros*), la luz superior y la inferior. Bajo otro aspecto, el Erebo parece ser el aire denso y tenebroso, fijado en lugares bajos, y el Éter, el aire puro y trasparente que ocupa la elevada region de la luz. De todos modos la luz procede de las tinieblas, lo alto de lo bajo, lo claro de lo oscuro, y lo determinado de lo indeterminado; ley general de la cracion, que encontraremos en toda su marcha.

La Tierra procreó primero á Urano, el cielo estrellado, la bóveda celeste que la cubre, opuesta al profundo Tártaro, y producida después que él en virtud de la indicada ley; luego las excelsas montañas que surgieron de su seno; en seguida el Ponto, la profundidad del mar, cuyas aguas saladas parece que brotan de ella. Este mar estéril fué engendrado sin intervencion del Amor, en tanto que la Tierra bajo sus auspicios se unia al Cielo y daba á luz el Océano, rio de rios que la rodea, y á Tétis, madre, por su union con él, de las aguas dulces y nutritivas. Á esta primera pareja, hija del cielo y de la tierra, siguieron otras cinco, siendo el último y mejor de estos doce hijos, Cronos, el Tiempo, que tuvo por esposa á su hermana Rea, que fluye y pasa continuamente, la duracion,

madre del cambio y del progreso. Hablaremos después de las otras parejas: baste aquí observar que estos seres simbólicos, entre los cuales se distinguen tambien Témis, ley eterna, y Mnemosina, la memoria, madre de las Musas, parece que en su idea comun y primordial expresan los principios elementales y como los prototipos de las fuerzas físicas y morales, por cuyo concurso se desenvuelve la creacion en el espacio, entre el cielo y la tierra.

Pero el Cielo y la Tierra tuvieron todavia otros hijos que concurrieron tambien á esta grande obra, y con sus reiterados esfuerzos aceleraron la definitiva organizacion del mundo material: tales son los Ciclopes, doble triada de hermanos que dieron luego á Júpiter el trueno y el rayo, y los Hecatónquiros ó Centimanos, de indomable fuerza, y de espantoso aspecto. Los nombres propios aplicados á estos símbolos nuevos muestran en sí la simétrica oposicion de los grandes fenómenos de la atmósfera durante el verano y el invierno, y por consecutencia, la propension á la vuelta regular de las estaciones.

Urano temia á tan espantosos hijos, porque le pre-sagiaban el fin de su imperio; por lo cual á medida que aparecian los rechazaba hasta el seno de la Tierra, y se regocijaba mientras que esta deploraba su crueldad. Airada la Tierra al cabo, promovió la sublevacion de sus otros hijos, armó á Cronos, y de acuerdo con él tendió un lazo á su esposo. Cuando Urano, llevándolo en pos de sí la Noche, venia para tener comercio con la Tierra, su hijo lo castró con una hoz afilada. De las gotas de sangre recogidas por la Tierra nacieron las Erinnis ó Furias, símbolo de la venganza, los Gigantes y las Ninfas Melias. En torno de los genitales arrojados al mar se reunió una espuma, de la que nació Afrodita, hija del cielo y de las aguas, diosa de la belleza, á quien pronto se unieron el Amor y el Deseo. Esto quiere decir que la creacion se desenvuelve así por el odio como por el amor, por la lucha como por la union. Receloso Urano del progreso necesario de las cosas, intenta en vano detenerlo; es mutilado por Cronos, y el reinado del tiempo sucede al del espacio. Cambia el principio generador de lugar y forma; cae en la duracion, de la cual son emblema las aguas, y en el seno de estas nace la belleza; imagen de una creacion nueva y mas perfecta. Esta es la primera época de la historia del mundo, el tránsito absoluto de la idea á la forma, de lo infinito á lo finito: este es el primer acto del gran drama de la *Teogonia*.

El imperio de Cronos y de los Uránidas ó Titanes principia, y con él una época nueva; pero no olvidemos que la *Teogonia* es una serie de genealogías al mismo tiempo que una epopeya, una coleccion de tradiciones no ménos que un drama. Reanuda, pues, aquí el poeta el hilo genealógico, y retrocede para darnos á conocer el origen de algunos poderes, la mayor parte celebrados ya por sus predecesores: poderes físicos ó morales, tenebrosos, llenos de misterio, de fatal influencia sobre el mundo y la vida, y que presenta como engendrados por la Noche sin concurso de esposo. Estos son la Suerte, el Destino, la Muerte, el Sueño y los Ensueños; nacen luego la Risa y las Lágrimas, las Hespérides puestas aquí por una singularidad al lado de las Parcas y de las Penas divinas (*Keres*); Némesis, que aun se les aproxima mas; el Fraude, la Amistad, la Vejez y la Discordia. Siguen los funestos hijos de esta última, personificacion evidente de los azotes que pesan sobre la humanidad, principiando por el Trabajo, el Olvido, el Hambre, y terminando con el Juramento, el peor de todos. No negamos que en este trozo se hallan acá y allá vestigios de interpolacion, parciales alteraciones; pero pensamos que en el conjunto forma parte integrante y esencial de la *Teogonia*; que este es su verdadero puesto, y que no hay suficiente razon para hacerlo variar de lugar. Como dice Creuzer, es una ojeada cósmica al

mismo tiempo que profundamente moral dirigida al mundo, conforme en todo al genio de la remota antigüedad; al mundo, en cuyo seno coexisten los principios del bien y del mal, igualmente necesarios á su desarrollo.

Viene tambien ántes de las generaciones de los Titanes, una familia intermedia, como preludio de las creaciones con las aguas, una serie de hijos y sobrinos del mar, algunos de los cuales pueden referirse al Occidente, á la region de las tinieblas, y entre quienes se mezclan muchas leyendas locales, trasladadas por la imaginacion ó la ciencia del poeta á su vasto plan cosmogónico. Tal es la familia de los Pontos, que uniéndose con la Tierra, su madre, dieron vida al viejo Nereo, que nunca se altera, al gran Taumante, á Fóreis y á las dos doncellas Ceto y Euribia; todos los cuales son otros tantos símbolos, presentados tal vez bajo un aspecto moral, del poder invariable y seguro que reside en el fondo del mar, de las variadas maravillas que produce en su superficie, de sus monstruos y de sus peligros. De Nereo y de Dóris, rica hija del Océano, nacieron las cincuenta Nereidas, ninfas del mar, imágenes de sus innumerables accidentes. De Taumante y Electra, otra hija del Océano, personificacion del reflejo de las ondas, nacieron Iris arco de siete colores, y las Arpias, veloces como el viento que sopla en torbellinos. No entraremos en los pormenores de los multiplicados seres, monstruosos y malélicos la mayor parte, que nacieron de Fóreis y Ceto, mitología particular de la cual basta haber dado aquí una idea general.

En seguida se presentan á nuestra vista la multitud de los Titanes, con los cuales se completa y ordena la creacion en lo que tiene de mas noble y mejor. Á la cabeza está la familia del Océano y de Tétis, deidades procreadoras por excelencia; tres mil hijos designados como rios, y tres mil hijas oceánidas, en las que observamos las fuentes de agua viva, si bien los nombres de muchas de ellas comprenden concepciones de orden superior, como Métis, la sabiduría; Taque, la fortuna; y Estigia. De la segunda pareja de Titanes Hiperton (que sube á los cielos), y Toya (la claridad), resultaron el Sol y la Luna, de los cuales son prototipos, y la Aurora, que resplandece para los hombres y los dioses. La tercera pareja, en oposicion á la anterior, procreó tres hijos, el tenebroso Astreo, Pálas y Perseo, quienes por sí ó por sus hijos se ve que se refieren al cielo nocturno estrellado, al principio de su movimiento diurno, y al sol oculto en las regiones inferiores. La Aurora, leemos allí, tuvo de Astreo á los tres vientos propicios, la estrella de la mañana y las demas estrellas radiantes que coronan el cielo. De Pálas y de Estigia, formidable y helada fuente de los infiernos, garantiza el juramento de los dioses; del principio del movimiento unido al de la resistencia ó de la inmovilidad, nacieron por una conexion de las ideas físicas y morales, que es la esencia propia de la forma mítica, el Zelo ó la Emulacion, la Victoria, el Mando y la Fuerza, custodios los dos últimos del trono de Júpiter fundado por los dos primeros. Una cuarta pareja de Titanes, Geo y Febe, dieron la vida á Latona, la deidad oculta, y á Asteria, de quien tuvo Perseo á Hécate, donde es fácil notar el principio de la luz lunar y la luna misma bajo diferentes aspectos. Sigue una larga exposicion respecto de Hécate, celebrada como reina de la naturaleza, en donde se sospecha que se han introducido interpolaciones órficas.

Llegamos ahora á la familia de Crónos y de Rea, sexta pareja, si se atiende al tiempo; pero puesta la quinta en orden por las razones que veremos. El Tiempo que todo lo consume viene á dar complemento á la obra de la creacion; pero poder zeloso á semejanza del padre á quien mutiló, á la vez que completa el mundo y le da sus principios ordenadores, quiere paralizar su accion. Procrea sucesivamente tres hijas, y otros tantos hijos, Estia ó Vesta, Demetra ó Ceres, Era ó Juno, y luego Aide ó Hades (Pluton), Poseidon ó Neptuno, Zeus ó Júpiter, el menor de todos, pero

que debe quitar el imperio á Crónos. Temiendo, no obstante, un sucesor entre sus hijos, se los tragaba todos conforme iban naciendo: pero se salvó Júpiter, pues por consejo de Gea y de Urano, Tierra y Cielo, que aquí reaparecen como fundamentos reales del mundo, su madre Rea lo dió á luz ocultamente en la isla de Creta, engañando á Crónos con la estratagema que todos conocen. « No sospechaba el insensato que en vez de la piedra que se engullía le quedaba un hijo invencible é intrépido, que domándolo con fuerza superior, lo despojaría en breve de sus honores, y « reinaria en su lugar sobre los inmortales. » En efecto, luego que hubo crecido obligó Júpiter á su padre á vomitar sus hermanos y hermanas juntamente con la piedra que puso en Pito, al pié del Parnaso, como monumento de su futura victoria, y despues libertó de las cadenas en que su padre les habia puesto, á los Ciclopes que habian de facilitarle los medios de alcanzarla en lo sucesivo.

Antes, sin embargo, de relatar esta última y solemne lucha de que depende el destino del mundo, interrumpe todavía el poeta su narracion. Por una piadosa inversion, ó acaso por exigirlo así el orden de su poema, ha presentado en primera línea los jefes de la estirpe divina que debe reinar sobre el nuevo mundo; le falta, pues, mostrarnos en la familia de Japet y de Climene, pareja titánica anterior á Crónos y Rea, los representantes de la especie humana. De Climene, hija del Océano, tuvo Japet cuatro hijos, Atlante, Menezio, Prometeo y Epimeteo, de diversa fortuna, pero todos desventurados. Atlante, valeroso y sufrido, relegado al extremo occidental de la tierra, junto á las Hespérides, fué condenado á sostener el cielo con la cabeza y los brazos; el orgulloso Menezio, victima de su ardimiento, llegó á ser precipitado en la mansión de las tinieblas por los rayos de Júpiter, y la mujer creada por este dios, recogida primero por el imprudente Epimeteo, fué para él y para todos el origen de infinitos infortunios. Prometeo, prudente, previsor, hábil por excelencia, osó entrar en lucha con el señor de los dioses, procurando auxiliar al hombre con mil astucias, por lo cual fué cruelmente castigado. Atado á una columna con tremendas cadenas, y devorándole continuamente un buitre las entrañas, solo pudo ser libertado de semejante suplicio por Hércules, héroe salvador á quien su padre Júpiter queria glorificar.

Estos son los cuatro grandes tipos de la humanidad, de la que Prometeo es el genio, luchando con Júpiter en favor de los hombres, á quienes devuelve el fuego de que este los habia privado, y que es el instrumento indispensable para las artes de la vida. Prometeo representa la libertad pertinaz del espíritu humano que se desenvuelve á pesar de los obstáculos que le impone la necesidad exterior, el principio conservador del orden eterno. Pero este debe vencer, pues que al lado del entendimiento y de la fuerza se hallan la pasion y la debilidad; Epimeteo es hermano de Prometeo. Cúmplense por lo tanto los destinos de la humanidad, y queda esta sometida á la ley del trabajo, que es la condicion de su progreso, á la debilidad del alma, y á todas las miserias de la vida. Prometeo es encadenado; inefables dolores le laceran el seno; se requiere para libertarlo el concurso de una voluntad heroica; debe aceptar esa ley inexorable que da la gloria á precio de la fatiga y de los padecimientos, y se reconcilia con Júpiter, merced á Hércules, su libertador. « Así ninguno engaña al juicio sutil de Júpiter, ninguno burla su penetracion. El mismo hijo de Japet, el excelente Prometeo, no evitó su terrible cólera y á pesar de sus méritos cayó en los lazos de una necesidad inexorable. »

Aquí llega á ser Júpiter el rey y padre de los hombres y de los dioses, porque en todo el poema de Hesiodo figuran aquellos como contemporáneos de estos; y hasta la estirpe humana parece mas antigua que la divina del Olimpo, lo cual hace presumir que

el genio simbólico de la remota antigüedad tuvo conciencia de sus propias creaciones. Pero si el audaz vigor del espíritu humano es comprimido, ó mas bien regulado y sometido á leyes necesarias, no sucede lo mismo con las fuerzas de la naturaleza que no son tan fácilmente sojuzgadas. Crónos habia sido vencido, como Prometeo, pero no los Titanes; hacia diez años que estos antiguos dioses combatian con los dioses nuevos, hijos de Crónos, por obtener el imperio del mundo, situados los unos en la cumbre del Otrís, y los otros en el Olimpo. Para decidir la contienda, se vieron obligados Júpiter y sus hermanos á llamar en su auxilio á Briareo, á Coto y á Giges, formidables hijos de Urano, que tenian cien brazos y cincuenta cabezas, y habian sido libertados del Tártaro como en otro tiempo los Ciclopes. El combate se hizo mas ardiente que nunca con el concurso de tan formidables auxiliares; todos los elementos se resintieron; bramó el mar; se conmovieron la tierra y el cielo; vaciló el suelo, y el sonido de los pasos y de los golpes de los combatientes retumbó hasta en el Tártaro. En esta pelea desplegó Júpiter todo su poder; lanzó continuos rayos del cielo y del Olimpo; se inflamaron la tierra y las selvas; hirvió el Océano, y llegó el incendio hasta el Cáos. « Á tal espectáculo, á tal fragor, se hubiera dicho que chocaban entre sí el cielo y la tierra, y que el uno iba á sucumbir ante los esfuerzos del otro. » Finalmente, vencidos los Titanes, oprimidos bajo la lluvia de piedras lanzadas por los trescientos brazos de los Hecatónquiros, fueron precipitados al seno mas profundo del Tártaro, y cargados de cadenas.

Á esta magnífica descripción, en donde están prodigados los mas ricos y fuertes colores de la poesia, sigue una pintura no ménos grandiosa y bella, aun cuando un tanto confusa al principio, del Tártaro y de los lugares infernales, « sitios de desolacion y de horror, donde se encuentran las raices y las fuentes de la Tierra y del Mar, del Tártaro y del Cielo, donde se tocan todos los límites. » Allí están las moradas de la Noche, del Sueño y de la Muerte; allí está el palacio de Aides y de Perséfone; allí, en fin, la soberbia gruta de Estigia, primogénita de las hijas del Océano; fuente misteriosa y sagrada, terrible para los Dioses, cuyo mito, arriba anunciado, viene á explicarse aquí.

Este pasaje de la *Teogonia*, desde la guerra de los Titanes en adelante, ha sido evidentemente destrozado por interpolaciones de rapsodistas y gramáticos, por la confusion de copistas posteriores, y por las diversas lecciones del poema, que parece se conocieron en la antigüedad. Abundan en él las imitaciones de Homero, y nos inclinamos á ver una interpolacion capital, aunque antigua, en la narracion de la batalla de Júpiter contra Tifeo, último hijo de la Tierra, procreado por el Tártaro, que de nuevo amenazaba al cielo, y de quien nacieron los vientos destructores, de los cuales, como de las erupciones volcánicas, es el principio subterráneo. Ya en tiempo de Esquilo se creia á Tifeo precipitado en Sicilia y sepultado bajo el Etna. En este trozo, que parece un ensayo ó un episodio de la guerra de los Gigantes, desconocida de Hesiodo, hallamos un tono de poesia, colorido y lenguaje que contrastan con el estilo de la *Titanomaquia*, y se parecen mas á los del *Escudo*. Por otra parte, esta narracion, introducida sin concierto, no tiene verdaderamente el enlace necesario con lo que precede, ni con lo que sigue, y el poema continúa su curso como si nunca se hubiese hablado de Tifeo, y concluye con la victoria de los Dioses sobre los Titanes.

No destruye, sin embargo, este episodio la ilacion de las ideas ni la economia poética de la obra; y aun cuando tenga algun defecto en la forma, se puede descubrir en su fondo un último esfuerzo de los poderes desorganizadores para destruir el orden naciente del mundo con la irregularidad y violenta accion de los vientos, de los torbellinos, y principalmente de los volcanes. Ya en ciertas particularidades de la

guerra de los Titanes, en el sitio mismo de aquellas grandes luchas de la naturaleza que ocurren bajo de tierra, en Grecia y Tesalia, es difícil no percibir algunas alusiones á las catástrofes físicas de que fueron teatro estos países en siglos remotos. Pero á mi modo de ver no es aquella la idea principal, íntimamente ligada al pensamiento simbólico de la *Teogonia*. Ya lo he dicho, la lucha de Júpiter y de los Dioses olímpicos contra Crónos y sus hermanos los Titanes, es la accion fundamental, la accion cardinal del poema, hácia donde mas ó ménos gravitan todas las partes, y la que forma su núcleo y prepara su desarrollo; lucha desde el principio anunciada y muchas veces recordada en el curso de la obra; y lucha que en efecto señala la gran época, el solemne momento de la historia del mundo, cuyo destino depende de su éxito. Todos los dioses antiguos y modernos se ven envueltos en ella; Urano y Gea tambien figuran, aunque de lejos, y el Tártaro, del mismo modo que el Cáos, reaparecen en la subversion universal. Trátase de saber quién vencerá entre un movimiento sin regla ni freno, que prolonga la creacion y jamas la completa, el tiempo sin medida ni ley, que devora á sus propios hijos, apenas nacen; y aquel principio superior, libertado de sus golpes, que debe regularizar el curso de la creacion misma; someter á leyes constantes la marcha del mundo y guiarlo en fin á su madurez. Trátase de saber si este mundo, arrojado por Crónos desde el espacio al tiempo, será ordenado por Júpiter en los límites del año; si pasará definitivamente del reino de lo infinito, tiempo ó espacio que amenazaba sumergirlo en el cáos primitivo, al reino de lo finito que lo ordena en la extension y en la duracion.

Este es el último acto y el desenlace de la *Teogonia*, drama sublime del mundo, cuya misteriosa grandeza fué comprendida por Esquilo, que nos dió el mas bello comentario en su *Proteo encadenado*. Júpiter, despues de su victoria sobre los Titanes, proclamado por los mismos dioses rey del Olimpo, les dispensa honores y cargos. Principio intelectual, moral y físico á la vez del universo, tiene por primera esposa á Métis, la Sabiduría, que se traga para asimilársela, á fin de que le descubra el bien y el mal, para que ningun otro mas sabio que él pueda disputarle el imperio, y para que de él solo nazca Atene, ó sea Minerva, virgen inmortal, la misma Sabiduría, revelada al mundo, de la cual llega á ser tipo, como Afrodita lo era al principio de la belleza. Uniéndose despues con Témis, la eterna ley de proporcion, de justicia y de paz, tiene de ella á las Horas y á las Estaciones, y las Meris ó Parcas, hijas ciegas de la Noche, y ahora potencias inteligentes. Finalmente, en Eurinome y Mnemosina engendra á las Gracias y las Musas, que son el mas dulce atractivo de la creacion.

Sin llevar mas adelante este análisis, hemos dicho bastante para justificar nuestra tesis, y poner en evidencia ese organismo vivo de orden y pensamiento que tanto llama la atencion en la *Teogonia* de Hesiodo. Lo que sigue es secundario para el objeto principal del poeta, que consistia en fundar sobre la misma historia del mundo y sobre las leyes necesarias de su desenvolvimiento la autoridad de las creencias públicas, de los símbolos y mitos nacionales, elementos integrantes de la religion de los Helenos, y objetos exclusivos de su culto.